



CAPRICHOS

Mon siège est fait

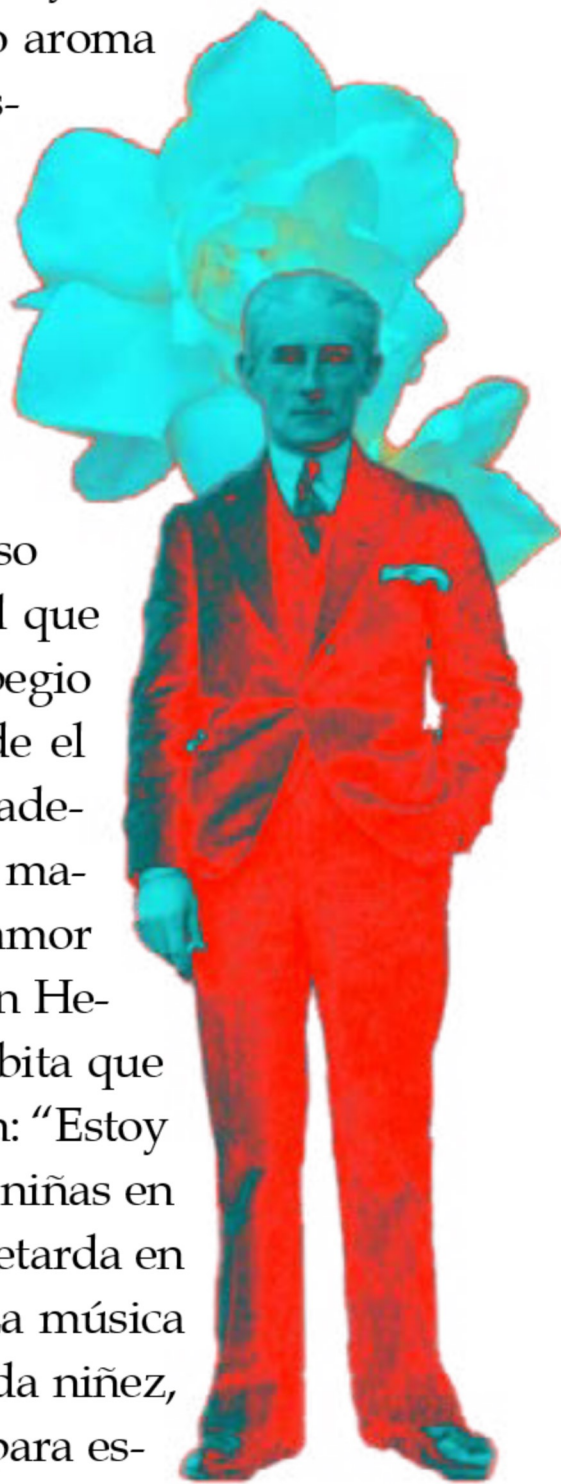
Alejandro Bekes

In Paradiso

“¿Crees que la Caída es otra cosa que ignorar que estamos en el Paraíso?” le pregunta Paracelso a su perentorio discípulo, o aspirante a discípulo, en uno de los postreros y más bellos cuentos de Jorge Luis Borges. En una tarde primaveral que



anuncia ya el verano, ante mi viejo y querido escritorio, donde un jazmín se desmaya en su vaso de agua, muriendo y dando aroma como quería Shakespeare, me dispongo a escribir y mientras tanto escucho una hermosa versión de *Sheherazade*. Estoy dudando entre dos adjetivos y entonces, abriendo la segunda parte, hace su aparición el violín, con su melodía inolvidable, solo en el inmenso silencio de la orquesta, silencio al que apenas sostiene, *pianissimo*, un arpeggio del arpa; y enseguida le responde el fagot, y después el resto de las maderas. Responden con maravilla a la maravilla, como en un diálogo de amor que se le hubiera escapado a León Hebreo. Y me digo, con emoción súbita que le debe algo a la agonía del jazmín: “Estoy en el Paraíso”. Afuera juegan las niñas en la improvisada piscina, el sol se retarda en su viaje al profundo horizonte. La música sigue, como lo hacía en mi perdida niñez, como lo hará cuando ya no esté para escucharla. La música, eterna, me recuerda que estoy en el Paraíso. Me redime, durante unos segundos que están fuera del tiempo, de la Caída.



Sobre el “fracaso” de Tlön

No sé si alguien discutirá la opinión de que la frase inicial de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” inaugura la narrativa fantástica de Borges, o puede servirle de epígrafe general. Se puede ir un poco más lejos y sostener que esa frase sirve de epígrafe general a la narrativa de Borges, a secas; no porque le restemos valor, empeño y coraje a los cuentos de *Historia Universal de la Infamia*, sino porque “Tlön” echa sobre ellos una luz retrospectiva, nos enseña a leerlos, los somete al rango de precursores... Es hora ya de recordar este *incipit*:

Debo a la conjunción de un espejo y de una enciclopedia el descubrimiento de Uqbar.

Lo que sigue a este comienzo memorable se parece al desarrollo de un tema sinfónico: tan perfecta es la andadura de esa prosa, tan segura su marcha... Por otra parte, “Tlön” es el ámbito en que se despliega la ontología, o, si se prefiere, la anti-ontología de Borges, su peculiar visión del mundo y, muy especialmente, su convicción del papel que le cabe en ese mundo al lenguaje, como constructor de creencias, como constructor de realidad. No hace falta insistir en la riqueza de ese despliegue: está a la vista y no



queda sino releer el texto. Lo que quisiera destacar ahora es el relativo “fracaso” del cuento, si lo consideramos como forma narrativa; pues, como el propio Borges ha aseverado tantas veces, el éxito de un relato depende de nuestra fe en él, es decir, de la *willing suspension of disbelief* promulgada por Coleridge. Y bien, hay, en un momento fundamental del cuento, una afirmación que parece hecha para desbaratar esa “voluntaria suspensión de la incredulidad”; en el párrafo final, donde quizá el lector esperaría un giro inesperado que diera un rotundo cierre formal al relato, el narrador afirma, con el aire de quien dice algo casi obvio:

El contacto y el hábito de Tlön han desintegrado este mundo. Encantada por su rigor, la humanidad olvida y torna a olvidar que es un rigor de ajedrecistas, no de ángeles. Ya ha penetrado en las escuelas el (conjetural) «idioma primitivo» de Tlön; ya la enseñanza de su historia armoniosa (y llena de episodios conmovedores) ha obliterado a la que presidió mi niñez; ya en las memorias un pasado ficticio ocupa el sitio de otro, del que nada sabemos con certidumbre –ni siquiera que es falso. Han sido reformadas la numismática, la farmacología y la arqueología. Entiendo que la biología y las matemáticas aguardan también su avatar... Una dispersa dinastía de solitarios ha cambiado la faz del mundo. Su tarea prosigue. Si nuestras previsiones no yerran, de aquí a cien años alguien descubrirá los cien tomos de la Segunda Enciclopedia de Tlön. Entonces desaparecerán del planeta el inglés y el francés y el mero español. El mundo será Tlön.



Para completar la irrealidad del anuncio, el narrador (que se llama Borges) dice que él no hace caso, que él sigue revisando “en los quietos días del hotel de Adrogué una indecisa traducción quevediana [...] del *Urn Burial* de Browne”, traducción que además no piensa dar a la imprenta. El lector puede suponer que ese hotel de Adrogué es el mismo donde tuvo el honor de conocer a Herbert Ashe, y donde, por supuesto, el azar le deparó el hallazgo del Onceno Tomo. Tampoco es que la irrealidad nos asuste o sea un defecto en sí misma; la irrealidad, tan visible en un cuento como “Las ruinas circulares”, tiene allí su lugar propio, como forma de montar el ambiente onírico y preparar el final. La irrealidad de “El Sur”, aunque muy dosificada, ayuda a sugerir el doble final excluyente. En el final de “Tlön”, en cambio, se diría que la irrealidad rompe la delicada tela de relativa verosimilitud que envolvía lo fantástico, hasta ese momento, y lanza una profecía increíble, basada en una afirmación que el lector no puede aceptar.

Para orientarme en un terreno tan movedizo, releo la clasificación que hace Umberto Eco de los tipos de “mundos” de la literatura fantás-



tica. Eco distingue entre la *alotopía*, que propone un mundo diferente del real (como lo hacen las fábulas de Esopo, donde los animales hablan), la *utopía*, que propone una realidad paralela e inaccesible (por ejemplo, una isla donde la sociedad se funda en la razón y el respeto), la *ucronía*, que imagina un mundo a partir de un contrafactual, del tipo “¿qué hubiera sucedido si...?”, y, finalmente, la *metatopía* y la *metacronía*, que imaginan desarrollos futuros a partir de tendencias actuales.¹ Tlön explícitamente niega ser una utopía, dado que sus artífices obran “sin visible propósito doctrinal o tono paródico”. Pero Borges mismo ha razonado sobre la larga resonancia de las palabras, y ha denunciado que la forma más artera de sugerir una interpretación es negarla enfáticamente, como ocurre en aquel capítulo de *Moby Dick* que rechaza y hasta repudia toda interpretación alegórica. Por eso es que, a partir de la frase que acabo de citar, el lector entra en conflicto con el cuento: ¿debe entenderlo como una metáfora retorcida y curiosa del mundo que tenemos, o como sátira, o bien, debe desligar a Tlön, “en serio, sin ironía”,² de todo “propósito doctrinal”?

1 “Los mundos de la ciencia-ficción”, en Eco, U., *De los espejos y otros ensayos*, Lumen, 1988.

2 Léanse “Las alarmas del Doctor Américo Castro”, penúltimo párrafo, en *Otras Inquisiciones*.



De las diversas variantes consideradas por Eco, ninguna corresponde a Tlön. Para ser una altopía, le sobran referencias verosímiles; todo sucede como en el mundo real, salvo el hallazgo de la enciclopedia ilusoria. La incorporación –posterior– de objetos materiales procedentes de Tlön parece, a primera vista al menos, un recurso casi pueril, si lo que se quiere es preparar el terreno para la profecía final.³ En definitiva, me inclino por considerar a Tlön una particular especie de utopía; una utopía que, a diferencia de la descrita por Tomás Moro, o de la versión paródica de Swift, no intenta mostrar las aberraciones morales del mundo en que vivimos, sino, tal vez, su carácter ilusorio, su conformación esencialmente ideal y verbal. Una utopía que quiere mostrar que toda enciclopedia, toda creación verbal, toda filosofía o “coordinación de palabras”, toda obra literaria de carácter realista, aunque se propongan describir un mundo, lo que hacen es crearlo, o sea, recurriendo a la etimología, moldearlo, modelarlo, *fingirlo*. No porque inventen los hechos, sino porque las conexiones entre los hechos, producto de la mente del observador, son indemostra-

3 La aparición de esos objetos viene prefigurada por los *hrönir* de Tlön, descritos en el Onceno Tomo, que significativamente desaparecen en la “versión definitiva” de la Enciclopedia.



bles *in re*. La prueba extrema de este criterio se lee en el cuento “Emma Zunz”.

Los datos que autorizan esta lectura son bastante visibles. Por ejemplo, en Tlön se considera a la metafísica “una rama de la literatura fantástica”. En Tlön, los argumentos de Berkeley (que se dejan sintetizar en la fórmula *esse est percipi*, ser es ser percibido) no sólo son inatacables sino convincentes. Ese mundo es temporal (como el nuestro) y por tanto todo concurso de objetos en el espacio es improbable, a menos que sean observados; y como para observar uno debemos, en general, dejar de considerar el otro; como nuestra conciencia, prisionera del tiempo, no puede abarcar a la vez el ocaso del sol y el nacimiento de la luna, una filosofía estricta debe considerar la juntura de ambas cosas como “un ejemplo de asociación de ideas”. Como al pasar, además, se mencionan doctrinas que despertaron, o que despiertan, la desmesurada adhesión de los hombres: el nazismo, el materialismo dialéctico; formas que consisten en supeditar la forma general del mundo a un rasgo particular: la raza, las desigualdades económicas. Las creencias de las personas configuran su mundo; son, de hecho, el



mundo en que viven. Cuando un hecho las contradice, quedan tres caminos posibles: revisar las creencias, tratar de adaptar a las creencias admitidas (como sea) el hecho aberrante, o negarlo. La primera vía es propia de los científicos, o debería serlo. Pero el común se limita a las otras dos, al menos, mientras le sea posible. Parece que alguien le señaló a Hegel que su sistema no se parecía mucho a la realidad, y que el filósofo contestó: “Tanto peor para la realidad...” Todos somos Hegel en este aspecto:  nos cuesta rendirnos a una evidencia cualquiera, la fábula –quizá– no que el mundo “será Tlön”, sino que lo es. Ese es el éxito secreto de su fracaso aparente. No quiere convencernos; quiere dejarnos en una especie de limbo filosófico, donde la historia del mundo es “un pasado ficticio [...], del que nada sabemos con certidumbre –ni siquiera que es falso”. El espejo de la frase inicial crea un influjo incesante sobre la enciclopedia. Nos hace recordar su carácter irreal, ilusorio, donde leemos los libros al revés, donde nos buscamos sin encontrarnos y creemos ser lo que acaso no somos.



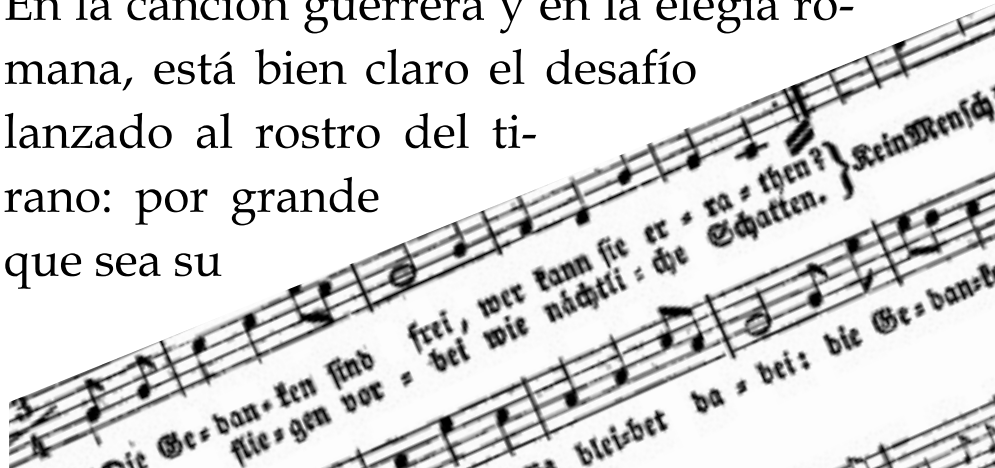
Ser libres

“Mis pensamientos son libres”, cantaban, creo recordar, unos desdichados y valientes prisioneros de guerra, en una película que vi, no sé, en el paleozoico. Los recuerdo prisioneros en un castillo, desafiantes, cantando a coro una canción alemana con ese estribillo. La canción recogía un antiguo gesto. Recordemos a Ovidio, que, desterrado en el Ponto por la inflexible crueldad de Augusto, estampaba en el tiempo estos versos memorables:

*En ego, cum caream patria vobisque domoque,
raptaque sint adimi quae potuere mihi,
ingenio tamen ipse meo comitorque fruorque:
Caesar in hoc potuit iuris habere nihil.*

Ay, yo privado de la patria, de mi casa y vosotros,
lejos de todo aquello que pudo redimirme,
me acompaño, igualmente, de mi ingenio y de él gozo:
César sobre él no puede tener jurisdicción.

En la canción guerrera y en la elegía romana, está bien claro el desafío lanzado al rostro del tirano: por grande que sea su



dominio, no tiene acceso al sagrado foro de mi conciencia. La intimidad de mi pensar, según esto, es inviolable... Y sin embargo, una y otra vez me pregunto si de verdad mi pensamiento es libre, si lo que pienso, en definitiva, lo pienso yo, o si otro u otros piensan por mí, o en mí, y los repito sin saberlo. Puedo ir más lejos, o venir más cerca, y preguntarme si “yo” significa realmente algo o si es, como ya se dijo hace mucho, una ilusión.

Aún más grave y más insidioso que el férreo poder del príncipe es el dominio sobre las conciencias; el que ejercía o ejerce la religión, por ejemplo, y que ya denunciaba Lucrecio medio siglo antes que su colega del Ponto. Aquel discurso que se nos presenta como sagrado, venga del sacerdote o del paterfamilias, moldea sin duda nuestro pensar, instituye los mandatos ocultos de que habló Mastronardi. Alguien dijo que nuestros padres nos educan con las virutas de pensamiento que se les caen mientras leen el diario o serruchan una tabla de pino. Y sus palabras no cesan de hablarnos y dirigirnos en el sagrario de la conciencia, nunca, por muchos años que hayan pasado por nosotros o sobre sus lápidas.



El cuento “Historia de Rosendo Juárez”, de Borges, aborda una cuestión todavía más obvia: el poder que ejerce sobre nosotros la costumbre tácita, los sobrentendidos de la convivencia. Si acepto jugar al ajedrez, me vuelvo prisionero de las reglas de ese juego, hasta que resuelvo no jugar más o jugar a las damas chinas o al fútbol. La posibilidad de abandonar el tablero, ya que no de patearlo, está siempre a la luz de la conciencia. No pasa lo mismo con el juego reglado de las convenciones. Si me caso, acepto las reglas del juego del matrimonio, pero como la Iglesia determinó que el vínculo entre dos personas que duermen en la misma cama es un sacramento..., abandonar este juego es bastante más difícil que en el caso del ajedrez. Rosendo Juárez no se había casado, pero había aceptado un trato. Mejor dicho: dos. El pacto explícito se dio entre el comisario y él, cuando éste le propuso trabajar de matón para el partido gobernante, a cambio de no ir a la cárcel. Pero hubo un primer trato que lo llevó a esta situación deplorable, y es el pacto de hombría según el cual un varón, para ser tenido por tal, no puede declinar un desafío. En el almacén, una noche, un tal Garmendia, que se cree valiente y está muy borracho, reta a Rosendo, que hasta entonces no había empuñado el cuchillo. Pelean en un



callejón, Rosendo mata a su retador. A la frase enfática de Garmendia, dicha a la concurrencia del almacén: “Pierdan cuidado, que ya vuelvo enseguida”, replica la irónica o resignada de Rosendo, cuando regresa de su hazaña sangrienta: “Parece que el que ha vuelto soy yo”.

La carrera ascendente de Rosendo se ve perturbada por la desgracia de un amigo, Luis Irala, que era el único que había ido a visitarlo cuando estuvo en el calabozo. La mujer de Irala se ha ido con otro, un cuchillero a quien Rosendo conoce, e Irala le cuenta a éste que está decidido a buscar al fulano y desafiarlo a muerte. Rosendo le advierte que el tal matón es una luz con el cuchillo, a lo que Irala responde: “¿Creés que le tengo miedo?” Siempre el miedo a que los demás crean que uno tiene miedo. “Ya sé que no le tenés miedo”, responde Rosendo, “pero una de dos: o lo matás y vas a la sombra, o él te mata a vos y vas a la Chacarita”. Poco a poco, el lector comprende que la vida no tiene sentido para Irala sin su mujer y que está dispuesto a matar o a morir para no pensar más en ella, pese a que le diga al consternado Rosendo: “Un hombre que piensa más de cinco minutos en una mujer no es un hombre sino un marica”. Nada de



esto lo piensa realmente Irala. Es el barrio el que piensa por él en esta frase, es el barrio el que se la dicta. El barrio es la religión de estos hombres, y, como se sabe, *tantum religio potuit suadere malorum!*

Cito a propósito a Lucrecio, para que mi lector entienda que no me creo libre de lo que denuncio. También yo pienso con citas, y creo que todos lo hacemos. El propio Borges ha dicho que el lenguaje es un sistema de citas. A lo que Unamuno había replicado, anticipadamente, que no debemos tener miedo a repetir lo que otros han dicho, si lo hemos pensado y hemos llegado a esa conclusión por camino propio, porque una cosa es repetir lo que hemos oído o leído y otra muy distinta es haberlo pensado... Eso parece claro, al menos. El problema está en lo que creemos pensar y no es más que repetición. De esto se trata la filosofía, desde los tiempos lejanos en que Sócrates interrogaba a Eutifrón sobre el motivo que lo llevaba a denunciar a su padre por impiedad, y Eutifrón respondía que ahora no tenía tiempo de pensar en eso porque se le hacía tarde para presentar la denuncia. O cuando Sócrates le preguntaba a su amigo Hipócrates qué esperaba apren-



der del sofista Protágoras, a cambio de una fuerte suma, y el otro no sabía realmente qué era lo que esperaba, pero estaba dispuesto a pagar por ello, sin duda porque todos los jóvenes ricos de la ciudad lo hacían.

En todo caso, parece que creerse libre no es condición necesaria, ni mucho menos suficiente, para ser libre. Rosendo no está en la cárcel, pero está preso de las reglas que le han impuesto los políticos, y antes que ellos, el barrio. Es lícito preguntarse incluso si creerse libre no nos cierra el paso a la libertad, tal como creer que sabemos nos obstaculiza el conocimiento verdadero. Ahora, si alguien llegara de verdad a ser libre, ¿cómo lo sabría? ¿Cuál sería la diferencia entre creerse libre y ser libre? Uno sabe que no lo es, mientras siga siendo sensible a las presiones, sutiles o manifiestas, y por ende a los presupuestos de la convivencia. Parece que una vez le preguntaron a Oscar Wilde qué pensaba del libre albedrío y él contó la fábula de unas limaduras de hierro que eran vecinas de un imán; y un día una de ellas propuso ir a visitarlo, y entre objeciones y dudas se le fueron sumando otras, y después otras, hasta que al fin todas, convencidas de haber tomado libremente la decisión, quedaron imantadas.



Camus con cuentagotas

I

La nobleza de un escritor, así como su medianía o su trivialidad, se advierten en tres líneas, son inconfundibles en media página. Admirable y muy reveladora me parece ésta, de Albert Camus (*Noces à Tipasa*), que describen unas ruinas romanas en Argelia, sobre la costa del Mediterráneo. Traduzco:

En este matrimonio de las ruinas con la primavera, las ruinas han vuelto a ser piedras, y, perdiendo el pulido impuesto por el hombre, han regresado a lo natural. Para el retorno de estas hijas pródigas, la naturaleza ha prodigado las flores. Entre las baldosas del foro, el heliotropo alza su cabeza redonda y blanca, y los geranios rojos vierten su sangre sobre las que fueron casas, templos y plazas públicas. Como esos hombres a quienes la mucha ciencia trae de vuelta a Dios, los muchos años han devuelto las ruinas a la casa de su madre. Hoy al fin su pasado las deja, y nada las distrae de esa fuerza profunda que las devuelve al centro de las cosas que caen.

II

Advierto que leo a Camus con cuentagotas. La cosa existencial me entusiasma y enseguida me agobia. Seguramente yo también soy parte de este mundo liviano, lleno de ideas lavadas, indeciso y efímero, que hoy nos ro-



dea. ¿Cuánto hace que no reviso, que no trato de poner a punto, mis ideas esenciales sobre Dios, sobre el Bien y sobre la Muerte? Y no: no se trata de tiempo. No puedo hacerlo, no puedo alcanzar una síntesis que se sostenga. Suerte que viene en mi ayuda el escepticismo borgiano. Todas nuestras ideas —incluso las esenciales— son finalmente construcciones



verbales que no tienen por qué parecerse a la verdad o a la realidad —términos también discutibles, problemáticos y acaso inútiles, si no francamente perniciosos. Nada se sabe, nada de cierto puede saberse: ¿por qué entonces me vería obligado a tomar partido? ¿Hay alguna vida después de la muerte? Creo que no, pero a veces dudo y a veces creo que sí, y realmente tanto el sí como el no son creencias, puesto que nada sabemos. Sé que ahora estoy vivo, pero cuando duermo dejo de ser consciente y quizá la conciencia que tan sencillamente se eclipsa, pueda también apagarse, como se apagan las estrellas.

El concepto de que a la larga todo es literatura aligera la áspera densidad de Camus. ¿De qué lado estoy, pues? ¿Me quejo de la liviandad de mi época, pero me aplasta la pesadez de aquella? Tiene razón, finalmente, Kundera: la única elección importante está entre la liviandad y el peso. La insoportable levedad del ser. Y quizá Camus y su estirpe, en ese profundo buceo, lograban sentir el peso de la existencia y por ende sentirse reales, existentes, pesantes. Sentirse hombres de verdad, o, como él dice, “hombres dignos de ese nombre”, al modo de los antiguos romanos. Se sentían responsables



por la marcha del mundo y por eso debían también ser comunistas militantes. ¡Cuán iconoclasta debía parecer un Borges ante aquellos ojos donde se traslucía la hoz y el martillo! Por eso también Borges temía sufrir de irrealidad. Pero la fortaleza de un escritor no está finalmente en sus ideas —porque ideas hay pocas y son siempre más o menos las mismas— sino en sus figuras, o más bien en su tono. No. Nada de eso. En su palabra.

Mon siège est fait

Resulta injusta, a fin de cuentas, la fama que pesa sobre el abate René Aubert de Vertot (1655-1735), destacado historiador de la época que en Francia se llama “clásica”; la injusta fama se debe a una frase que ha quedado como proverbio, pero que quizá dijo, si es que de verdad la dijo, en sentido irónico. Se cuenta que había terminado su *Historia de los caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalén*, también conocida como *Historia de Malta*, cuando alguien le presentó documentos decisivos, y hasta ese momento ignorados, sobre el sitio de Rodas por los



otomanos, ocurrido en 1522; sitio que Vertot había historiado en ese libro; como quien no está dispuesto a revisar un trabajo monumental, Vertot habría respondido al inoportuno: *Mon siège est fait*. “Mi sitio está hecho”. El ignoto autor de la enciclopedia que consulto piensa que quizá la dijo porque desconfiaba del valor de aquel documento, más que por negligencia o cansancio; admite, no obstante, que Vertot no era un fanático de la erudición minuciosa, que concebía la historia como creación literaria y que, más que la veracidad de cada detalle, le importaba el efecto dramático del conjunto.

Borges, sabio en crear contextos inesperados, le inventó un nuevo sentido a la frase en su cuento “Guayaquil”, cuyos dos únicos personajes son precisamente historiadores. Le aconsejaré a mi lector que lo lea, o que lo relea, para comprobar cuán melancólica suena allí esta sentencia, qué sabor a profunda derrota le infunde el relato del derrotado; y cómo, si uno quiere ir más lejos, puede sentir que en ella está el derribo de un modo de ser, la ruina de cierta nobleza que acaso estuvo una vez en el trato y aun en la rivalidad de los hombres. San Martín y Bolívar se encontraron en aquel puerto del Pacífico y sólo uno de ellos continuó al fren-



te de la guerra más importante que promovió el continente. El otro debió marchar al exilio, a la oscuridad y al silencio. En su sorda pugna, hecha de sobrentendidos caballerescos, los dos historiadores de Borges acaban por reproducir sin saberlo el enigmático hecho que intentan recuperar. “Acaso las palabras que cambiaron fueron triviales —dirá el triunfador—. Dos hombres se enfrentaron en Guayaquil; si uno se impuso, fue por su mayor voluntad, no por juegos dialécticos.” Y luego, con una sonrisa: “*Words, words, words*. Shakespeare, insuperado maestro de las palabras, las desdeñaba. En Guayaquil o Buenos Aires o Praga, siempre cuentan menos que las personas.”

También Borges ha dicho, en algún lugar, que la derrota tiene una dignidad de que carece la ruidosa victoria. Frase que no deja de ser, seguramente, un consuelo. A los argentinos nos hubiera gustado, tal vez (lo digo con meditada ingenuidad), que nuestro prócer terminara la guerra. Para consolarnos, hemos tenido que atribuirle una nobleza y una abnegación infinitas. No siempre escriben la historia los que ganan. Cuando la escriben los que pierden, la historia, ajena ya a la *res publica*, alcanza un interés distinto como retrato del alma.

